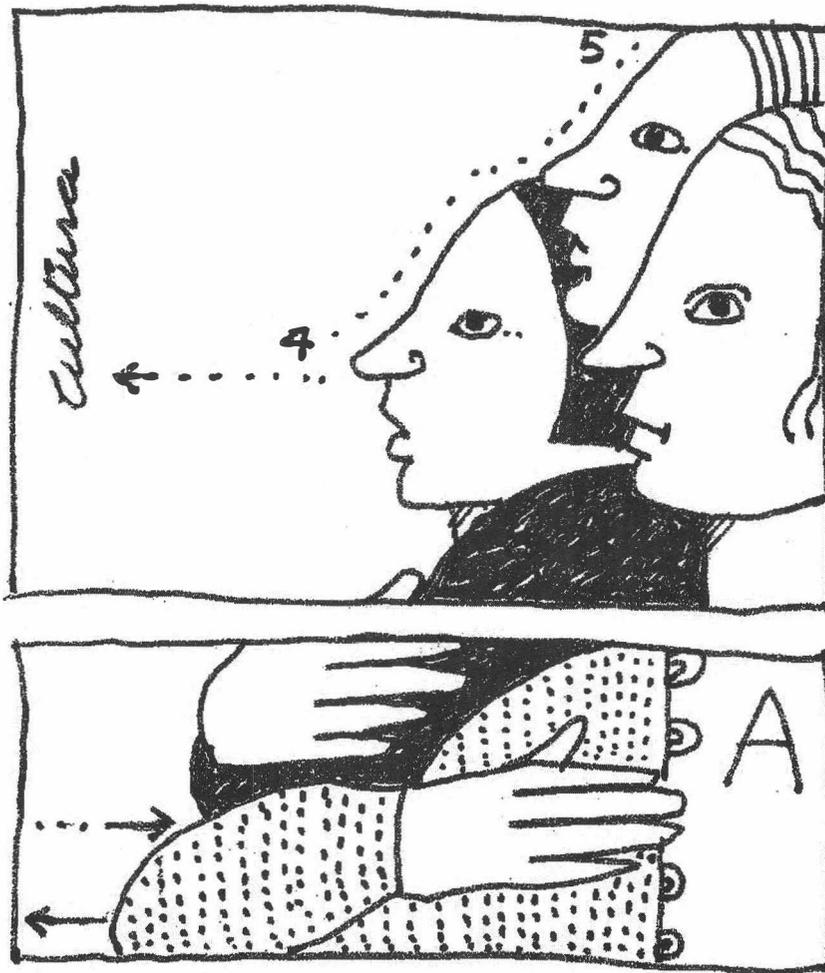


La cultura contemporánea y la adolescencia



Sandra María Sierra*

* Sandra María Sierra Vallejo es psicóloga, docente y posgraduada en Psicología Clínica con énfasis en Salud mental de la Universidad Pontificia Bolivariana, y candidata a la maestría en Investigación psicoanalítica de la Universidad de Antioquia. Tiene experiencia docente en las áreas de Psicosemiología, Desarrollo psíquico, Teoría y procesos con grupos, Sujeto y familia, Psicología del desarrollo y Psicología social. Es integrante del grupo de investigación Psicoanálisis, Sujeto y Sociedad, y autora del texto «Adolescencia, sexualidad y cultura contemporánea», publicado por la Universidad Pontificia Bolivariana.

La cultura contemporánea y la adolescencia

Sandra María Sierra

El Centro de Familia y el Instituto para el Matrimonio y la Familia de la Universidad Pontificia Bolivariana, se han interrogado acerca de los fenómenos que en la actualidad afectan a la familia y dentro de ésta a los jóvenes, principal población universitaria; pues aunque los malestares de los jóvenes, padres y maestros se presenten aparentemente iguales, generación tras generación, esta época presenta algunas diferencias en cuanto a la magnitud del malestar que denuncian los sujetos, al número de personas que lo padecen y a la variedad de formas inéditas de expresarlo. Así mismo la cultura promueve una gran diversidad de modos para solucionar ese malestar o para intentar evadirlo, que van desde propuestas que convocan al sujeto al conocimiento y cuidado de sí hasta la invitación al placer sin límite.

Dentro de las propuestas que la institución universitaria realiza frente a modos de

intervención de los malestares juveniles actuales, derivados de los efectos de la cultura contemporánea en la vivencia de la sexualidad, recientemente se publicó el texto *Adolescencia, Sexualidad y Cultura Contemporánea*¹, el cual pretende constituirse en una herramienta de los padres, maestros y profesionales interesados en el tema, para una aproximación a la comprensión de este vasto asunto.

La adolescencia es la edad del cambio, como la etimología de la palabra lo indica *adolescere* en latín significa «crecer» o «madurar», pero también se define con relación a la raíz griega *adolescere* que significa caer enfermo o padecer, tener algún tipo de vicio o pasión; e incluso puede significar carecer de algo², que podría interpretarse como no tener ya la infancia ni acceder aún a la adultez.

En sentido amplio, la adolescencia es una etapa de la vida comúnmente comprendida entre los

1 SIERRA, Sandra María, (2008): *Adolescencia, Sexualidad y Cultura Contemporánea*, Medellín, Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 70 p.
2 MONLAU, Pedro Felipe; (1946): *Diccionario etimológico de la lengua castellana*. Buenos Aires, Joaquín Gil, 1.245 p.

12 - 13 años hasta los 18 - 20 años. Es un paso entre la vida infantil y la condición adulta, un doble movimiento, de duelo por la pérdida de la infancia y de búsqueda de un lugar en el mundo como mayor de edad, que constituye la esencia misma de la «crisis»* como un momento de juicio y decisión, que todo adolescente atraviesa y de cuya resolución surge un sujeto en una posición más madura.

Rousseau habló en su texto «*El Emilio*» de este estado de la existencia, ubicado entre los 15 y los 20 años, como un segundo nacimiento, dado que se produce una metamorfosis en la que se despiertan el sentido social, la emotividad y la conciencia moral, un período peligroso y crítico de la vida. Sin embargo, en el ámbito psicológico la adolescencia, como objeto de estudio, no cuenta con más de un siglo, considerándola como un período decisivo de la evolución humana caracterizado por tensión psicológica significativa, debido a la reactivación y reorganización de conflictos y crisis respecto a la confianza, la autonomía, la iniciativa y la industriiosidad³, de allí la aparente incoherencia del adolescente entre su pensar, sentir y hacer.

La adolescencia es el tiempo donde emergen todas las vivencias parciales infantiles anteriores solicitando resignificación e integración, esto quiere decir que el psiquismo realiza un trabajo de reordenamiento de la existencia, de reescritura de la historia y de esta manera se da origen a un «nuevo» ser, con respeto a sí mismo, con más herramientas para adaptarse a las situaciones, con una posición más clara frente a la autoridad y a sus semejantes, con la percepción de ser competente y con la convicción de libertad que le permite interactuar sanamente con el orden social del que es parte⁴, modificaciones graduales y no cataclísmicas⁵.

Los teóricos de la adolescencia enfatizan diferentes aspectos de ella, unos dan prevalencia a lo orgánico

afirmando que con la aparición e instalación de la función sexual se obtiene la virilidad en el hombre y la feminidad en la mujer. Sin embargo no se debe suponer que la adolescencia se caracteriza únicamente por ese hecho, pues así concebida la adolescencia sería una tarea de nadie –una tarea sin sujeto a cargo– y los jóvenes quedarían ajenos a su propia existencia como agentes pasivos a la espera de que el cambio a la adultez ocurra, recrudesciéndose la crisis con una merma de las opciones para el establecimiento de una ideología de vida que en el futuro le sería garante de la confianza en sí mismo. Es así como otros autores enfatizan en las modificaciones mentales y morales que se realizan en la misma época cuyas relaciones y coordinaciones son importantes para una comprensión exacta de esa hora de la vida.

Desde otras perspectivas se enfatiza en el aspecto social de la adolescencia, considerando la invención o descubrimiento de la adolescencia en América como una respuesta a los cambios sociales que se produjeron en la segunda mitad del siglo XIX y los comienzos del siglo XX cuyo principal objetivo consistió en prolongar los años de la infancia. La adolescencia se habría añadido a la niñez como una segunda infancia con el propósito de realizar los fines de una nueva sociedad urbana e industrial, en la que estos años serían una «moratoria psicosocial» durante la que el sujeto trabaja autónomamente para formar su identidad y comprender el sentido de la propia existencia, preparándose para ejercer roles adultos en el contexto individual, familiar y social.

Una mirada más centrada en lo individual encuentra el sentido profundo de la adolescencia en el conflicto entre el yo y el mundo, produciéndose grandes movimientos en los modos de satisfacción y de relación efecto de: (1) la aparición de fenómenos de duelo por la pérdida del cuerpo, identidad, sexualidad y padres de la infancia, (2) los cambios en la relación consigo mismo y en la manera de afrontar y defenderse del mundo y



* Del griego *Krisis* que significa combate, esfuerzo, juicio, derivado de *Krino* que es juzgar y separar, resolver. También del verbo *cernere* que es decidirse, determinarse, enfatizando en considerar atentamente, distinguir, examinar con cuidado.

3 ERIKSON, E. H., (1981): *Identidad, Juventud y Crisis*. Madrid: Taurus, pp., 39 - 42.

4 KAPLAN, Louise, (1991): *Adolescencia, el adiós a la infancia*. Buenos Aires, Paidós, p. 224.

5 MUSS, R. E., (1982): *Teorías sobre la adolescencia*. Nueva York, Random House, pp. 15-31.

de lo intolerable de sí mismo, (3) la necesaria independización de la vida afectiva familiar respecto a los objetos de amor que deben ser buscados al margen de ella, (4) la reorganización del sistema de ideales que produce la idealización de modelos alternativos a las figuras materna y paterna, (5) de la búsqueda de identificaciones y adhesión a los grupos que puede devenir en la aceptación acrítica de las ideas tomadas de ellos sin reflexionar y (6) la diferenciación y toma de posición ante lo público y lo privado; lo cual hace que la adolescencia produzca su propia sintomatología, que en los casos más graves, está en la frontera de una psicopatología, que debe entenderse como una «normal anormalidad⁶» producida por la gran inestabilidad que representa este proceso, sin embargo, hay que diferenciar adolescencia como época de crisis que se presenta similar a una psicopatología de una adolescencia conflictuada en la que se desencadenan «verdaderas patologías⁷».

El gran peligro es que los padres, docentes y profesionales del área médica y psicosocial rotulen a los jóvenes cuando no corresponde o presenten todo comportamiento como normal, dado que la adolescencia es un período «crítico» en el que la distinción entre las manifestaciones propias de esta etapa y los trastornos psíquicos es imprescindible como punto de partida para el diseño de estrategias que brinden a los adolescentes oportunidades de resolver su crisis. No hay que olvidar que es función de la cultura proporcionar herramientas para la sana satisfacción y operar como contenedora ante la posibilidad del desbordamiento.

Otras consideraciones como las de la escuela de Ginebra con Dewey y Piaget⁸, hacen su aporte específico en torno al desarrollo intelectual que se alcanza en la adolescencia pasando por distintos estadios, que van del egocentrismo a la descentralización. Es el paso del pensamiento concreto al pensamiento lógico formal en el que hay mayor dominio de sí mismo y los objetos del mundo gracias a la adhesión del adolescente al

juicio de realidad abandonando el pensamiento mágico y omnipotente para aproximarse a un pensamiento reflexivo y crítico que le facilitará la postergación de las metas y el análisis de las consecuencias necesario para discernir, decidir, actuar y responsabilizarse de su estar y hacer en el mundo adulto. Siguiendo esta concepción se ha dicho que el «desarrollo del juicio moral⁹» en los adolescentes se caracteriza por el paso de un nivel preconventional y convencional, causa de una moral heterónoma regida por la mirada del otro, a un nivel superior llamado postconvencional, del que resulta una moral autónoma.

Se podrían seguir presentando definiciones abstractas, dogmáticas, prácticas, algunas con la mirada en la dinámica intra-psíquica y otras más atentas al factor relacional, pero estas ilustraciones sólo tendrían un valor pedagógico, porque presentan al adolescente fragmentado al abordar tópicos específicos que contribuyen a comprender el fenómeno de la adolescencia, pero no a él y al adolescente* mismo. Por eso se requiere de la construcción de una lógica articulada a partir de las coordenadas de lo biológico, lo psíquico, lo social, lo cultural, lo cognitivo y lo moral, que dé cuenta del proceso en su totalidad y reconozca su discontinuidad.

Conforme con lo anterior se puede afirmar que el logro de los retos que impone la adolescencia dependerá de la dialéctica entre lo intra-psíquico, propio de cada sujeto, y lo sociocultural, que aquí se denomina cultura contemporánea, fundamentada y regida por los paradigmas del capitalismo y la ciencia.

Un asunto crucial en esta dirección tiene que ver con el significado que la cultura actual asigna al cuerpo. Inicialmente hay que analizar la relación entre el cuerpo y la ciencia. Dentro de este discurso de la contemporaneidad, el cuerpo dejó de ser una expresión del estado del alma, como lo era para los antiguos, o el depositario del pecado, como lo concebían los medievales, para convertirse en objeto de estudio de la ciencia,

6 ABERASTURY, Arminda y KNOBEL, Mauricio, (1991): La Adolescencia Normal: Un Enfoque Psicoanalítico, México, Paidós, p. 45.

7 AJURIAGUERRA, J. y otros, (1987): Manual de Psicopatología del Adolescente, Barcelona, Masson, 468 p.

8 PIAGET, Jean, (1981): La psicología de la inteligencia, Barcelona, Ariel, 139 p.

9 KÖHLBERG, Lawrence, (1992): Psicología del Desarrollo Moral, Bilbao, Resclés de Brouwer, 120 p.

* Se usará el adolescente para indicar hombre o mujer con la intención de hacer la lectura más ligera.

quedando el sujeto excluido al reducirlo a lo objetivable y homogenizable, así la sexualidad humana queda reducida a la anatomía y fisiología, o por el contrario, se separa del cuerpo considerándola un atributo de toda conducta humana. Es de esta manera que lo inconsciente queda excluido del discurso de la época, pero bajo una paradoja y es que éste, del que no se quiere saber porque incomoda y cuestiona, retorna a la manera de angustia, de falta de sentido de la vida y de sentimientos definidos por la psiquiatría como ansiedad y depresión, que no son más que una negativa del sujeto a la tentativa de estandarización que dice a los jóvenes que todos deben ser felices, exitosos, estar a la moda, cumplir con los ideales estéticos y, sobre todo, consumir (juegos de video, equipos musicales, drogas, etc.).

El cuerpo, principal escenario del acontecimiento adolescente, se hace objeto de la técnica con el fin de alcanzar los ideales de la época, él se interviene de múltiples formas, ostentando las conquistas científicas que ofertan identidades prefabricadas librando a las personas de la responsabilidad subjetiva que implica asumir el cuerpo y construir una identidad y que han logrado la manipulación de lo que antes era decisión divina, por ejemplo, del sexo biológico.

Se observa cómo «la ciencia forcluye al sujeto»¹⁰, un sujeto que cada día recurre más a prácticas extremas, ya sea para intentar sentir la vida que no logra pensar o para llamar la atención de otro que lo ha dejado solo para ir en busca del progreso (ideal que reemplazó la felicidad). Este es el gran impacto del discurso de la época sobre la manera en que los jóvenes actuales vivencian y asumen su cuerpo y su sexualidad.

Lo anterior evidencia una profunda y radical interacción entre el cuerpo, el capitalismo y la subjetividad. Apuntalado en la ciencia y la tecnología, el capitalismo, modo económico actual, trata el cuerpo como objeto del mercado; con la ayuda de los medios de comunicación se realiza la promoción de nuevas necesidades que

favorecen la producción y consumo de objetos¹¹ (bienes y servicios) que prometen la completud y conciben el cuerpo y la sexualidad como bienes intercambiables y transformables.

Es durante el renacimiento que se retoma la preocupación por las formas estéticas del cuerpo de los antiguos para quienes su armonía era fundamental para alcanzar la belleza¹², símbolo de fortaleza y civilización¹³, teniendo también gran peso en lo político¹⁴. Comienzan a rescatarse los conocimientos que se habían resignado por prohibiciones religiosas que concebían el cuerpo habitado por los demonios de la pasión¹⁵, para dar paso a la modernidad, donde el paradigma de la ciencia comienza a estudiar, entre otras cosas, el cuerpo y sus manifestaciones, transformando con sus descubrimientos las costumbres y creencias en relación con él, sus acontecimientos, al mismo tiempo que le otorga un estatuto distinto en el ámbito económico, político y social. Así el cuerpo se convirtió en objeto de estudio y el sujeto moderno se caracterizó por ser «quien cuestiona su historia y piensa, imagina y acomete su constitución y transformación y lo hace en el cuerpo, con el cuerpo y mediante el cuerpo.»¹⁶

Para hablar de los usos que el adolescente hace del cuerpo en la sociedad contemporánea es necesario plantear el capitalismo con relación a la revolución industrial, que introduce la máquina y con ella la tecnificación, y con relación a la revolución francesa y la declaración de los derechos humanos fundamentales, en los que se amparan cada vez más las prácticas corporales y sexuales; por ejemplo, al abrigo de los derechos humanos se hace uso de los *pearcing*, los tatuajes, cirugías cosméticas y de procedimientos que interrumpen el desarrollo embrionario, entre otros.

Ahora bien, el capitalismo puede ser visto desde tres puntos de vista: (1) Como una inspiración de la vida, iniciativa personal de libertad y regulación de las relaciones por contrato en el que «la realización definitiva del individuo coincide con su dessubstancialización, con la emergencia de

10 PALACIO, Luis Fernando, (1996): *Psicoanálisis y ciencia*, Medellín, Asociación Foros del campo lacanian, p. 28.

11 LIPOVETSKY, Gilles. *La era del vacío*, op. cit., p. 44.

12 ALAM, Murad y DOVER, Jeffrey, (2001): *Sobre la belleza*, Evolución, consideraciones psicosociales y realce quirúrgico, volumen 137, junio, www.archdermatol.com en HINARI, American Medical Association, p. 798.

13 *Ibid.*, p. 36.

14 SENNETT, Richard, (1997): *Carne y piedra: el cuerpo en la civilización occidental*, Madrid, Alianza, p. 35.

15 *Ibid.*, p. 170

16 PEDRAZA GOMEZ, Zandra, (1999): *En cuerpo y alma: Visiones del progreso y de la felicidad*, Bogotá, Universidad de los Andes, p. 149.

individuos aislados y vacilantes, vacíos y reciclables ante la continua variación de los modelos»¹⁷; (2) Una forma de producción y consumo de bienes, donde el cuerpo es un objeto de producción con derecho y deber de consumir, en el que la objetivación del cuerpo restringe las expresiones emocionales, afectivas y sentimentales que al parecer estorban a los ideales de satisfacción, comodidad y progreso de la actualidad; y (3) Como un sistema económico en busca de ganancias en el que los lazos sociales tienen sólo intencionalidad práctica, esto es, que ofrezcan beneficios, estatus, capacidad adquisitiva, belleza, etc., indicando «el retroceso de los deberes tradicionales hacia uno mismo y el aumento de la potencia correlativa del derecho a la autodeterminación subjetiva, del derecho individualista a la libre expresión del cuerpo»¹⁸, e imponiéndose los «derechos subjetivos»¹⁹ al operarse la fragmentación del consenso moral. Todo es permitido o tolerado puesto que se aboga por los derechos que cada persona tiene sobre sí mismo, incluyendo su propio cuerpo y la sexualidad, elemento a cuidar desde los deberes del hombre hacia sí mismo.



Respecto a lo anterior el psicoanálisis²⁰ se ha pronunciado denunciando la estructura y efectos del discurso capitalista, así respecto al vínculo sostiene que hay prácticas paradójicas, por ejemplo: El otro deja de importar en tanto sujeto, no cuenta su opinión, pero se busca constantemente su admiración porque al parecer «predomina en todas partes una poética de la seducción, del amor a uno mismo, del bienestar narcisista»²¹ y en ese fortalecimiento del individualismo y el narcisismo impera el empuje al goce propio²². Así el otro se hace indispensable sólo como objeto para la satisfacción narcisista, como instrumento de goce, de un goce que se vuelve sobre sí mismo, algo que se ha denominado en algunos contextos «goce autista»²³, modalidad del goce que la cultura autoriza porque se tiene el «derecho» y en el que el otro se convierte en

obstáculo. Es así como la época al promover este goce también proporciona objetos que prometen su satisfacción para todos, los mismos, en un intento de homogenización, de cierta «normalización» de las conductas, lo que hace pensar que si todos los jóvenes son iguales es porque indiscutiblemente no piensan.

Hay un goce en el mirar y ser mirado en el que el yo y el otro se convierten en objetos de observación, pues en tanto la mirada es la que determina el ser de aquel a quien se mira, se tiene la ilusión de que al capturarla se obtiene reconocimiento, amor o valoración que alimentan el amor propio y para ello se recurre a medios que ponen la existencia en riesgo, considerando proeza las acciones que traspasan los límites, característica principal de la sociedad contemporánea²⁴. De este modo las personas sumidas en el individualismo²⁵ ejecutan acciones para la satisfacción narcisista donde el otro ya no es objeto de seducción sino que es instrumento de goce, observador pasivo que admira la transgresión de los límites donde impera un empuje a gozar del propio cuerpo en formas de satisfacción autistas, donde el vínculo con el otro se debilita.

El capitalismo tiene efectos en la subjetividad, pues a pesar de no ser objeto de interés este discurso y de su intento por suprimirla o acallarla, le da una nueva vía, la de la mirada del otro.

El cuerpo también es objeto de exhibición que se va consumiendo hasta quedar convertido en una muestra del daño físico, como en las enfermedades definidas por la psiquiatría como «trastornos de la imagen corporal», en los que se consume el cuerpo hasta convertirlo en un despojo, asunto que nada tiene que ver con intentos de responder a los ideales de belleza o buscar ser objeto de deseo para el otro. Así, los cuerpos anoréxicos, perforados, tatuados,

17 LIPOVETSKY, Gilles. La era del vacío, op. cit., p. 107.

18 LIPOVETSKY, Gilles, (1994): El crepúsculo del deber: La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos, 2 ed., Barcelona, Anagrama, p. 92.

19 *Ibid.*, p. 85.

20 LACAN, Jacques, (1988): Seminario 7. La ética del psicoanálisis, Buenos Aires, Paidós, pp. 360-369.

21 LIPOVETSKY. El crepúsculo del deber, op. cit., p. 102.

22 LIPOVETSKY, Gilles. La era del vacío, op. cit., p. 57.

23 SOLER, Colette, (2001): El padre síntoma, Medellín. Asociación foro del campo Lacaniano, p. 147.

24 DIAZ L, Carmen Lucía, (2002): Destrucción del cuerpo de la fantasía al acto. En: Desde el jardín de Freud, Bogotá, Nº 2, pp. 22 – 32.

25 LIPOVETSKY, Gilles, (2002): La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo, Barcelona, Anagrama, p. 113.

escarificados, etc. hacen gala de la dificultad para la simbolización que encuentra en el cuerpo la forma de expresarse evidenciando que «las incompatibilidades del deseo son demasiado grandes para ser resueltas o ignoradas»²⁶.

Hasta aquí se puede afirmar que una de las vertientes que puede tomar el sujeto es la de constituir su cuerpo en objeto para la satisfacción perversa de una cultura que empuja a su destrucción con la promiscuidad, el abuso de drogas y en general las prácticas que ponen en riesgo la vida y la salud donde el sujeto se hace despojo, siendo así como se puede afirmar que el cuerpo como forma material que representa al sujeto ante el otro, adquiere en la actualidad una nueva dimensión, víctima y cómplice del capitalismo, escenario de la transgresión de los límites y mensajero de una cultura que deja marcas en la subjetividad, no sólo a nivel psíquico sino también en lo real del organismo, que anoticia de las significaciones que se construyen a partir de la experiencia de ser sólo un objeto medio de satisfacción para otro.

Desde el psicoanálisis se puede realizar una lectura del discurso contemporáneo y de la concepción de cuerpo como constructo singular que involucra tres registros: el simbólico, que señala la mediación del lenguaje que otorga articulación al deseo y los ideales como resultado de las relaciones que se establecen con el otro significativo; el imaginario, que se compone de las fantasías e imágenes constituidas a partir de la imagen proporcionada por ese otro; y el real, compuesto por aspectos del orden de lo imposible de aprehender.

Por esta vía se puede empezar a pensar la construcción de la sexualidad durante la adolescencia como uno de los factores más significativos de la configuración psíquica que, como se ha demostrado, no es sin el impacto de la cultura.

Si se entiende por sexualidad la manera como un sujeto se ubica en el mundo, la posición que asume respecto a sus intercambios afectivos y el modo singular que ha inventado para arreglárselas con la energía psíquica que permanentemente demanda ser satisfecha, se puede sostener que la sexualidad es un fenómeno complejo y en ocasiones problemático, debido a que no existe una respuesta única y predeterminada que le diga al adolescente cómo responder ante las demandas orgánicas, intra-psíquicas y socioculturales que emergen, con particular intensidad, durante este momento de la vida y que se manifiestan esencialmente a través del cuerpo.

Lo anterior evidencia que la resolución de los enigmas y conflictos de la adolescencia sólo puede ser una construcción particular que cada sujeto realice de acuerdo con los recursos morales, afectivos y cognitivos que posea, pero que está íntimamente relacionada con la manera como el otro (familia, colegio, universidad, Estado, iglesia) ha intervenido transmitiendo una manera de ser y de hacer en el mundo. Esto invita a pensar las lógicas y posibles formas de respuesta de la familia y la universidad respecto al fenómeno de la adolescencia en la contemporaneidad y sus efectos en la sexualidad.

Al comprender que el adolescente es un sujeto producto de la interacción entre lo orgánico, lo psíquico y lo sociocultural y que a partir de allí construye una relación con la ley y con su cuerpo, se tienen las coordenadas desde las que se puede orientar la escucha de los jóvenes y sus familias en trabajos de prevención y promoción de la salud mental.

Se puede afirmar que en la época actual ya no hay adolescencia como una etapa de la vida, sino que hay adolescencias²⁷, esto es, que cada adolescente vive de manera particular un intrincado proceso que tiene efectos en todas las dimensiones de la existencia, que si se aspira a comprenderlo hay que trascender estas concepciones meramente

26 SENNETT, Richard. Carne y piedra, op cit., p. 397.

27 Memorias del V Seminario – Taller ¿Adolescencia o Adolescencias?, (1999): Instituto Jorge Robledo.

fenomenológicas que hacen una descripción del momento evolutivo, siguiendo una cronología para tomar una concepción estructuralista que permita captar la dinámica que rige los modos de relación en la adolescencia.

Al comprender que el adolescente es un sujeto producto de la interacción entre lo orgánico, lo psíquico y lo sociocultural y que a partir de allí construye una relación con la ley y con su cuerpo, se tienen las coordenadas desde las que se puede orientar la escucha de los jóvenes y sus familias en trabajos de prevención y promoción de la salud mental.